

# *Revista de Cancioneros Impresos y Manuscritos*

número 2 - año 2013

ISSN: 2254-7444

## ARTÍCULOS

**«Atiérrame el porvenir»: la Confesión de Juan Fernández de Heredia**

Maria D'Agostino

1-30

***Esta cantiga fez Pero Velho de Taveiroos e Paai Soarez, seu irmãao...  
A manciña indicadora no Cancioneiro da Biblioteca Nacional (código  
10991)***

Déborah González Martínez

31-60

**El fin del trovadorismo gallegoportugués en el marco de la lírica  
románica. Un análisis comparado y algunas cuestiones de histo-  
riografía literaria**

Santiago Gutiérrez García

61-87

**Estudio de variantes y adiciones del *Laberinto de Fortuna***

Manuel Moreno

88-136

**Las rimas de Giannantonio de Petrucciis, conde de Policastro**

Francisco José Rodríguez Mesa

137-178

## RESEÑAS

***Romancero*, ed. Giuseppe Di Stefano**

Alejandro Higashi

179-185

***Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros ingenios del  
s. XVI (Ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March)*, ed. José J.  
Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco**

Alejandro Higashi

186-194

***Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros ingenios del s. XVI (Ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March)*, estudios de Álvaro Alonso, J. Ignacio Díez, Christopher Maurer, Juan Montero, edición de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, México, Frente de Afirmación Hispanista A. C., 2011, 787 p.**

Como parte de la cruzada emprendida hace más de dos décadas para editar la obra completa de Pedro de Padilla, José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco presentan un nuevo volumen que se suma a los que han publicado desde 2006, entre los que contamos un *Cancionero autógrafo* (ms. 1579 de la Biblioteca Real de Madrid), varias obras impresas, cosa rara, en vida del autor (un *Thesoro de varias poesías*, 1580; unas *Églogas pastoriles*, 1582; un *Romancero*, 1583; un *Jardín espiritual*, 1585; unas *Grandezas y excelencias de la Virgen señora nuestra*, 1587) y varios cancioneros manuscritos en los que anda desperdigada su célebre (aunque hoy poco difundida) obra. Autor prolífico y reconocido en su tiempo, según confirman juicios de muchos ingenios coetáneos de la talla de Cervantes, Lope, Hurtado de Mendoza, Ercilla o Rufo, su obra impresa en vida y la entusiasta recolección de sus obras en diferentes cancioneros, Pedro de Padilla permaneció casi desconocido (e inédito) hasta que José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco se consagraron a la tarea de editar estas obras completas. Quien esté familiarizado con el proyecto, sabrá que no se trata de unas “obras completas” en el sentido tradicional del término, sino de un nutrido y heterogéneo corpus en el que se ha privilegiado la conservación de los diversos formatos materiales en los que circuló la obra coetáneamente por encima de la producción del propio autor (sus “obras completas” en un sentido restrictivo), de modo que en paralelo con la publicación de uno de sus impresos poéticos, el *Thesoro de varias poesías*, el lector tiene la rara ocasión de apreciar versiones anteriores al paso por la imprenta en su *Cancionero autógrafo* o de espigar, como en el caso del ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March, un conjunto abundante de composiciones de Padilla no recogidas en otros cartapacios y que comparten el espacio con obras de otros autores. La empresa, sin

duda arriesgada, recoge la experiencia de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco a lo largo de varias décadas de publicación de una larga lista de cancioneros manuscritos, muchos de ellos en la imprescindible colección de *Cancioneros Castellanos* (y muchos también fuera de esta colección), así como de una poderosa base de datos a la que han dedicado sus esfuerzos en los últimos años (*BIPA*, Bibliografía de la Poesía Áurea), donde paulatinamente han develado al autor (anónimo en muchas ocasiones) como parte de un sistema de producción poética regido por numerosos y variados engranes y no nada más como esa figura hegemónica y autoritaria en que vino a convertirse siglos después. Como un proyecto editorial nacido en un marco de familiaridad con las fuentes directas, ambos editores han advertido que no podían hacer a un lado el formato de circulación ni la naturaleza compilatoria de buena parte de su obra sin traicionar su naturaleza en un momento de la historia literaria donde la autoría y las atribuciones resultan menos importantes que la creación literaria como un proceso colectivo cuya radiografía queda plasmada en cada códice misceláneo. Esta atención a los aspectos materiales de la producción literaria del periodo no resulta extravagante y, en los últimos años, nos ha permitido reconstruir un contexto de circulación al que antes éramos ajenos, tanto desde la perspectiva comercial (gracias, por ejemplo, al concepto de “género editorial” apuntado por Víctor Infantes y aplicado a los libros de caballerías con éxito por José Manuel Lucía Megías), como desde la perspectiva de un contexto de recepción, al estilo de lo que sucede con la comedia, viva en los corrales pero también en la imprenta bajo el formato de Partes, recuperado en la actualidad por distintos proyectos editoriales como las *Comedias* de Calderón editadas por Luis Iglesias Feijoo o las Partes editadas por el Grupo de Investigación Sobre Lope de Vega (Prolope), dirigido por Alberto Blecua y Guillermo Serés. En estos ejemplos, resulta obvio que la conservación del formato editorial coetáneo no es un mero capricho de anticuario, sino una forma de acercarse al proceso de formación de cierto tipo de obras literarias desde los aspectos materiales que las definen hasta conferirles una identidad formal y temática. Este proyecto de obras completas recupera así toda

la heterogeneidad del conjunto (donde conviven manuscritos e impresos; formas métricas y géneros diversos; intenciones variadas; incluso, distintos autores) y el valor de la miscelánea poética, en el cancionero o cartapacio, que insufló los manuscritos de la segunda mitad del XVI y llegó, en muchas ocasiones, hasta la imprenta. En esta decisión debe haber influido mucho, sin duda, que los primeros asedios a la obra de Pedro de Padilla se hayan originado justamente durante la edición de un prestigioso cancionero manuscrito, el ms. 1587 de la Biblioteca Real, códice apógrafo comandado por Padilla y cuya importancia no escapó a José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, quienes en 1994 lo habían atribuido, estudiaban las composiciones de Padilla contenidas ahí y apuntaban su papel de precursor como un “interesante poeta que supo preparar el terreno a Lope y a Góngora para que estos cantaran también, además de a las ninfas cortesanas, a la niña que baja a los verdes prados, al villano que come pan con cebolla, a los carreteros del buen Getafe [...]” (*Cancionero de poesías varias, ms. 1587 de la Biblioteca Real de Madrid*, edición de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, pról. de Samuel G. Armistead, Madrid, Visor, 1994, p. lviii).

Aunque el manuscrito de la Biblioteca Bartolomé March B90-V1-08 (olim 23/4/1) no era desconocido para especialistas como Antonio Carreira, Alberto Blecua o los mismos editores, su consulta en razón de la importancia de los contenidos conservados había venido postergándose, como alertaban Labrador Herraiz y DiFranco en un artículo publicado en el *Bulletin Hispanique* de 1992. Se trata de un cancionero que sus editores datan entre 1580-1590, caracterizado por recoger un buen número de poesías de Pedro de Padilla que circulaban en otras fuentes impresas, así como de un centenar de poemas inéditos (de los cuales 32 no se conocían por otras fuentes), dos docenas de poemas de diversos autores no documentados hasta ahora, así como por transmitir casi todas sus composiciones respectivamente atribuidas (aunque no faltan errores). A propósito de los criterios de edición, José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco siguen las pautas conservadoras que les conocemos tanto en su trabajo con otros cancioneros manuscritos como con las obras de Pedro de Padilla en general: en

cuanto a las graffías, apuestan por la transcripción paleográfica, pero auxilian al lector con una interpunción ligera, acentuación y capitalización modernas y el desarrollo de las abreviaturas; realizan el desglose de los poemas (con numeración independiente para el texto glosado y para la glosa) cuando la cabeza o letra pertenece a un autor distinto al de la glosa (en caso contrario, se mantienen bajo un mismo número); indican atribuciones entre paréntesis cuadrados cuando son seguras (pero dejan la atribución del manuscrito y en nota avisan de aquellos casos en los que la atribución es dudosa); señalan versos hipo o hipermétricos por medio de un *sic* agregado al final del verso y presentan discretas operaciones críticas de añadidos o correcciones por medio de paréntesis cuadrados. Cuando faltan folios, los poemas pudieron suplirse por otras fuentes gracias a la tabla final; sólo una de las piezas no pudo restituirse, pues no se conoce otra versión fuera del códice de la Biblioteca Bartolomé March. La presentación en página limpia invita, sin duda, a leer este tomo de “poesías varias” como se hubiera leído en 1580-1590, armados con una modesta curiosidad y gusto por la poesía, no con la artillería pesada del filólogo moderno (armamento para el que se reservan dos centenares de páginas repartidos estratégicamente entre un grupo de estudios del corpus al inicio y notas, varios índices, bibliografía y apéndices al final, en las pp. 11-94 y 631-754).

Los textos seleccionados por el compilador del siglo XVI no decepcionan en ningún momento: además del centenar de inéditos de Pedro de Padilla, hay que contar una nómina de autores destacados como Diego Hurtado de Mendoza, Pedro Laynez, Francisco de Figueroa o Hernando de Acuña; su naturaleza miscelánea está bien advertida desde las formas métricas que coinciden en sus páginas: sendos epilia en octavas reales, sonetos, romances, tercetos, letras, canciones, ensaladas, etc. La mezcla de estilos, como es de esperarse en una miscelánea, va de los temas más sublimes a los graciosos y hasta los burlescos; conviven en el mismo espacio un poema dramático de Padilla de corte pastoril, tan afincado en el gusto de la época (núm. 76), una letrilla del mismo sobre la belleza desmedida de Silvia (núm. 77), una canción

pastoril de Damasio de Frías (núm. 78) y una carta erótico-burlesca de Diego Hurtado de Mendoza “En loor de la zenaoria” (núm. 79) donde, entre otras cosas, recomienda la raíz “dulçe, tiesa, rolliza y prolongada”, pues “desopila y resuelue por el cabo, / para la madre es braua mediçina” y apunta que “suele ser la mayor, la más loada, / mas la tiesa y sabrosa es muy sabrosa / y mejor que la cruda, la guisada”. El gusto refinado del primer compilador se advierte, sin embargo, cuando se compara la versión copiada de una letrilla de Padilla conservada solo en esta fuente con un agregado al margen de otra mano; mientras en la cabeza de Padilla se lee “Siendo Isabelica / érades crüel, / ¿qué haréis aora / que soys Ysabel?” (núm. 42), en el margen encontramos otra versión que muestra los excesos obscenos a los que podía llegarse: “Quando, Isabelica, / meáuades miel, / ¡qué haréis agora / que soys Isabel!” (p. 648, transcrito en la nota respectiva). Al lado de una curiosa disputa de Padilla “entre Él y Tú” (núm. 181), encontraremos “La vida rústica, traduçida de Ouidio [sic]” y atribuida a fray Luis de León. Resulta difícil, a diferencia de otros códices semejantes, descubrir un hilo conductor (como declaran sus editores en la p. 19), pero las pocas afinidades temáticas entre las obras obligan a fijarse en otros indicios; la selección ha sido minuciosa y el autor de la misma buscó o tuvo a su disposición testimonios que hoy no son comunes (según sugiere la nutrida presencia de piezas no conocidas por otra fuente); debió haber sido amigo de Padilla y aficionado a su obra tanto manuscrita como impresa anterior a su ingreso en la orden carmelita, a juzgar por el centenar de inéditos de Padilla que transmite (p. 25); al mismo tiempo, comparte piezas con más de un centenar de manuscritos misceláneos (p. 27). Contra la naturaleza jocosa de muchos textos, resalta el gusto del compilador por las fábulas mitológicas, como se advierte por su posición privilegiada a la cabeza de la “Tabla de lo contenido en este libro” (621) y por la inserción de cuatro dibujos a pluma (reproducidos e intercalados en esta edición) de Venus y Cupido (una suerte de presentación general) y de Narciso, Dafne y Apolo, Píramo y Tisbe, en correspondencia con las fábulas respectivas. Este gusto por el epilio también apunta a la afición del compilador por los poemas narrativos extensos (epístolas, romances, ensaladillas,

etc.), según abundan composiciones de entre 200 y 500 versos (núms. 1, 9, 33, 54, 64, 76, 90, 107, 112, 119, 120, 217 y 239), pero también otras que van más allá de los 700 versos (núm. 106) e incluso llegan al millar y lo superan (núms. 202, 224 y 259). La naturaleza excepcional de la empresa queda subrayada por la escasa circulación manuscrita de las obras más extensas y su presencia limitada en los impresos, en ocasiones nada más en las Obras del autor correspondiente; quizá solo escapan a esta regla la “Carta de Dido a Eneas” (núm. 119), atribuida por igual a Hernando de Acuña y a Hurtado de Mendoza, o “Amor, Amor, que consientes...” (núm. 120) de Hurtado de Mendoza, conservados cada uno hasta el siglo XVIII en una veintena de testimonios a pesar de sus trescientos o cuatrocientos versos. Los lectores del cancionero de la Biblioteca Bartolomé March tampoco fueron ajenos al aprecio por los poemas largos; una inclinación compulsiva, según se advierte por un conjunto de folios arrancados (326-345), donde estarían los 1040 versos del “Romance de los comendadores” de Juan Rufo, por ejemplo.

Luego de la “Tabla de lo contenido en este libro” (621-630), el lector encontrará el rico instrumental de apoyo que se ha vuelto ya un formato de referencia en las ediciones preparadas por José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco. Para empezar, un nutrido aparato de notas y una extensa bibliografía de manuscritos, ediciones y estudios (633-706 y 707-730, respectivamente), complementarios entre ellos. En las notas, se despliega un listado exhaustivo de las ocasiones en que la pieza aparece en otros cancioneros manuscritos, con datación exacta o aproximada según la fuente, cuyos datos bibliográficos se encuentran en la sección inmediata. Con esta información, como si se tratase de una consulta rápida de la *BIPA*, el lector puede hacerse una idea exacta del éxito y circulación de cada pieza; así mismo, aprecia la saludable fama de la poesía de Hurtado de Mendoza en el cauce de los cancioneros manuscritos, tanto por lo que toca a su obra breve (sonetos y canciones como los núms. 4-7 se copiaron, en ocasiones, hasta en una veintena de testimonios) como a la poesía de más aliento (por ejemplo, la epístola “Amor, Amor, que consientes”, núm. 120); la

presencia extraordinaria de las composiciones largas en estos mismos cancioneros (la “Fábula de Dafnes y Apolo”, núm. 106, se conoce por otros tres testimonios manuscritos; la “Fábula del Amor y Luçina” de Pedro de Rojas no se ha conservado en otra fuente; el “Romance de los comendadores” de Juan Rufo se conserva en otra fuente manuscrita y en dos impresos; de la “Fábula de Píramo y Tisbe” de Silvestre no se conoce circulación manuscrita fuera del cancionero de la Biblioteca Bartolomé March); las crestas de la fama (Hurtado de Mendoza, fray Luis de León, Hernando de Acuña) y el éxito más bien moderado de un autor como Pedro de Padilla, apreciado por los compiladores de cancioneros manuscritos más exigentes, pero sin caer en los excesos. La nota incluye también, cuando hay material para ello, un sucinto estado de la cuestión sobre temas diversos (autoría, atribuciones posibles, fuentes, información codicológica, referencias dentro de la bibliografía crítica, etc.). Cierra el volumen un útil conjunto de índices varios (de autores, con las enmiendas o atribuciones en nota; de poemas compartidos con otras fuentes manuscritas e impresas, lo que permite hacerse una idea de la circulación de los textos, tema tratado en uno de los estudios introductorios; uno de nombres propios y otro de primeros versos).

El volumen, como último de las obras de Padilla publicado por la fundación Frente de Afirmación Hispanista, cierra con dos apéndices que reúnen toda la obra del *carmelita* por vez primera: por un lado, su primera publicación, en forma de pliego suelto; el facsímil del *Romance de don Manuel, glosado por Padilla*, de 1576 (aunque en varias partes del libro se señala que se publicarán dos pliegos sueltos en facsímil, solo se publicó el de Toledo, 1576); por el otro lado, unas liras compuestas para el *Cancionero* de López Maldonado de 1586. Ambos impresos se acompañan de los correspondientes apuntes bibliográficos. Aunque estos textos breves no parecen indispensables para el conocimiento de la obra de Padilla, tampoco lo estorban.

Estas herramientas de lectura se completan, sin duda, con los estudios introductorios. Como se ha hecho en tomos previos, siguen al “Prólogo” de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, más bien descriptivo, aunque lleno de finas intuiciones literarias



sólidamente respaldadas en el conocimiento directo de los materiales, un conjunto de trabajos de diferente calado sobre el manuscrito March. Así, mientras José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco se concentran en los aspectos codicológicos y la interpretación desde la perspectiva material, el trabajo del análisis literario se reserva para sus ilustres colaboradores del volumen. La naturaleza colectiva del cancionero de la Biblioteca Bartolomé March se refrenda, si duda, con esta presentación también colectiva. Los cuatro estudios presentados en este volumen resultan, sin embargo, tan misceláneos como el material mismo del cancionero. Álvaro Alonso (33-47) estudia las églogas de Pedro Laynez y se centra, de modo particular, en “Sobre nevados riscos levantados...”, atribuida en el ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March a Figueroa; por medio de un meticuloso estudio tanto de las fuentes directas (Tebaldeo) como de las indirectas (Encina), así como de los cambios en el testimonio de los Duques de Gor, Álvaro Alonso propone con cautela el que los cambios en el texto de la Biblioteca March se deban a una adaptación ingeniosa de Laynez donde pudiera leerse en clave algún lance amoroso del mismo Figueroa (o del mismo Laynez), lo que explicaría los desajustes que advierte durante la comparación de los textos. J. Ignacio Díez (49-62) presenta un estado de la cuestión sobre la omnipresencia de la poesía de Diego Hurtado de Mendoza en los cancioneros de la época, con preguntas e hipótesis que más bien apuntan hacia investigaciones futuras que hacia respuestas inequívocas; el trabajo presentado en otro foro resultaría insólito por su vocación de dirigirse hacia preguntas sin respuesta, pero como una presentación al ms. B90-V1-08 me parece de lo más oportuno, pues el autor apunta líneas posibles de investigación que, bien conducidas, podrían llevar a solucionar los nudos gordianos que ahora plantea. Christopher Maurer (63-74) se ocupa de reconstruir, a través de los múltiples testimonios y de los fantasmas de las atribuciones, la obra de Francisco de Figueroa. Juan Montero (75- 80) estudia el otro lado de la moneda respecto a la apabullante circulación en los cancioneros de Hurtado de Mendoza con un par de sonetos de Herrera, autor celoso y precavido de la circulación de su musa, cuyas lecciones parecen

notablemente mejoradas en el ms. de la Biblioteca Bartolomé March. El último estudio pertenece a los anfitriones, José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco (81-94), quienes presentan en él los paralelos entre el ms. editado y el parisino Esp. 373, con lo que refrendan la autoría de Padilla para tres sonetos compartidos en ambas fuentes y demuestran, de paso, la popularidad del autor en las cortes de Madrid, Portugal e Italia. Como en los casos anteriores, el estudio no es del todo concluyente, pero permite afinar otras de las líneas de investigación que se abren con la publicación del testimonio manuscrito de la Biblioteca Bartolomé March.

Con este volumen de *Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros ingenios del s. XVI (Ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March)* da fin una empresa arriesgada por su perfil tan particular de Obras completas y desafiante por el olvido en el que injustamente ha caído Pedro de Padilla en los últimos siglos. José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, quienes más saben de la transmisión manuscrita e impresa de la poesía de los Siglos de Oro, saldan con esta última entrega una promesa: rescatar la obra de Padilla, dispersa y olvidada, con el empeño serio y afectuoso que les conocemos. Los estudios que sirven como una presentación al volumen resultan hoy provisionales, pero albergan sin duda la semilla de un futuro promisorio en cuanto a la obra del mismo Padilla y a la de otros ingenios que, fuera del canon literario, estrecho a ratos, contribuyen a explicar mejor un periodo rico de producción poética y consumo literario sin precedentes.

Alejandro Higashi  
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa